

Carlos René Correa

# Figuras de la moderna poesía chilena

MANUEL MAGALLANES MOURE

(1878-1924)

El color suave, la alegoría de una tarde de otoño; la montaña con sus riscos y misteriosas quebradas; el mar que golpea la casa del poeta con su martillo de espumas. Todo esto se ha hecho poesía en el espíritu delicado y fino de Manuel Magallanes Moure.

De la misma tierra de Gabriela Mistral, Manuel Magallanes Moure se inició en 1900 y formó parte de una jornada lírica que capitaneaba Marcial Cabrera Guerra.

Pertenece por derecho propio al número de poetas chilenos cuya obra está consagrada no por vanos entusiasmos o partidismos incontrolados, sino que por su verdad, su profunda verdad estética que se traduce en poemas definitivos. Siempre los versos de Magallanes Moure tendrán para los lectores cultos un discreto acento de comunicación íntima, suavísima; su espíritu profundamente contemplativo recogió del paisaje y de los peregrinos; el amor lo estremeció con vigorosa sacudida y es él el poeta que todavía preside desde su pequeño busto, en medio del parque la ronda de los enamorados.

Gabriela Mistral, Carlos Mondaca, Pedro Prado, son sus compañeros de jornada; Prado realizó una selección de su poesía, en cuyo prólogo nos dice: «Como el corazón en el cuerpo humano, la existencia de Manuel Magallanes Moure, latió central en todos los hombres.

He ahí el origen de esta poesía desnuda que fluye como el perenne surtidor de la fuente, en medio de las múltiples escuelas, a quienes va despojando la sucesión de los otoños».

Nos es fácil escuchar la voz de Magallanes Moure, pero es necesario, es indispensable, que nos rodeemos de un silencio verdadero, que nuestro espíritu se aquiete, porque la contemplación del poeta es simple, melancólica, está tocada por una cenefa de luz. En su poema «La Jornada» encontramos estos versos al término del camino:

«Las sombras subían de los campos a los montes  
como una gran marea, y a medida  
que iba ascendiendo esa marea enorme,  
en ella toda luz naufragaba  
y se apagaban todos los rumores.  
Arriba, en el azul del firmamento,  
brotan las estrellas como flores  
que fueran asomando unas tras otras  
sobre la superficie de un estanque...».

La paleta del pintor y la palabra del poeta se confunden, y en esta íntima convivencia de elementos; nace una poesía que bien puede ser una mancha de acuarela o un poema de suaves voces y cristalina esencia.

En su poema «Apaisament», Magallanes Moure ha visto florecer el amor, ha llorado en la luz crepuscular su confianza que busca un espejo en la ternura:

«Tus ojos y mis ojos se contemplan  
en la quietud crepuscular.  
Nos bebemos el alma lentamente  
y se nos duerme el desear.  
Como dos niños que jamás supieron  
de los ardores del amor,  
en la paz de la tarde nos miramos  
con novedad del corazón.  
Violeta era el color de la montaña.  
Ahora azul, azul está.  
Era una soledad el cielo. Ahora  
por él la luna va.  
Me sabes tuyo, te recuerdo mía.  
Somos el hombre y la mujer.  
Conscientes de ser nuestros nos miramos.  
en el sereno atardedecer.  
Son del color del agua tus pupilas;  
del color del agua del mar.  
Desnuda, en ellas, se sumerge mi alma  
con sed de amor y eternidad».

El poeta ha encontrado el milagro de la sencillez y amparado en la bruma de la evocación, de cierta amargura interior, realiza su confidencia amorosa y sabe que lo escuchan, tiene la certeza de que en su solitario camino hay otra fuente hermana de la suya; la comprende y la ama intensamente, porque sacia la sed y puede contemplar el paisaje que tanto ambiciona su corazón.

Tres libros capitales hay en la obra de Magallanes Moure: «La Jornada», «La Casa junto al mar», y «Florilegio». En ellos se presenta con mayor determinación y categoría el poeta del color y la forma, que busca las emociones amorosas a través de un velo sutil de lejanía y presencia.

En «La Jornada», leemos un poema que titula «El regreso», en cuyos versos Magallanes Moure acentúa la fuerza espiritual

de su poesía a través del dolor humano, de la fatiga terrena que lentamente lo invade:

«Mi corazón fatigado  
de luchar y de sufrir,  
cuando escuchó el sosegado  
rumor del hogar amado  
de nuevo empezó a latir».

Magallanes Moure, poeta contemplativo, halló en el mar su mejor hermano de horas; leyó en su llanura el poema más íntimo y cambiante; el agua salina, la luz azul, el retorno de las olas, la soledad de la playa... El poeta va «por la orilla del mar»:

«A la caída del sol,  
por la playa inmensa y sola,  
de frente al viento marino  
nuestros caballos galopan.  
Es el horizonte de oro,  
oro es el mar y oro arrojan  
los cascos de los caballos  
al chapotear en las olas.

En blancos grupos contemplan  
caer el sol las gaviotas,  
mas, al acercarnos, vuelan  
en bandadas tumultuosas.  
Pesadamente se alejan  
sobre las revueltas olas  
y abátense a la distancia  
trazando una curva airosa.

Alcance pronto les damos  
y ellas, de nuevo en derrota,  
a volar, siempre adelante,  
por sobre la mar sonora.

Por la arena húmeda y firme  
nuestros caballos galopan.  
Al fuerte viento marino  
cabelleras y almas flotan.

A la caída del sol,  
en la playa inmensa y sola  
tu alma se entregó a mi alma,  
tu boca se dió a mi boca.

No se sabe de qué hablar  
cuando la emoción es honda.  
Por la orilla del mar  
nuestros caballos galopan».

Lo hemos seguido cautelosamente en este viaje marineró;  
queda la soledad de la playa y la música del mar nos llega desde  
una lejanía inasible, dormida.

Y después, dirá al «amor»:

«Amor que vida pones en mi muerte  
como una milagrosa primavera:  
ido ya te creí, porque en la espera,  
amor, desesperaba de tenerte».

Manuel Magallanes tuvo el amor, el color y la armonía;  
su obra es reflejo de esa su constante actividad; no viejo ni mo-  
derno; imperturbable como su barba nazarena, suspendió su  
canto desde una rama milagrosa para que allí lo tocara la pri-

mavera. A pesar de la muerte que ya lo redujo a ceniza con la que puede jugar el viento, el espíritu del poeta está suspendido como un símbolo del canto y de la poesía; su voz llega vaga e imprecisa, humana e imperturbable.

JORGE GONZÁLEZ BASTÍAS

(1879)

Junto al río Maule ha florecido la canción de Jorge González Bastías; en su poesía se advierte el sentido de la claridad, de transparencia, que delata al verdadero artista que no ha necesitado ponerse a tono con las modas literarias para realizar su labor. La obra de González Bastías es un reflejo de la vida del poeta que ha transcurrido en las soledades del río y la montaña, como olvidado en la dulce lejanía de las cosas.

Habita una casa solitaria siempre abierta a los viajeros, como un símbolo; las tardes iluminan las aguas del río y hay incendio de rosas en el cielo de la costa. Canta el río, cantan los árboles, canta el poeta en un anhelo divino de recoger la belleza, de ennoblecer la vida que se da en el pan y las palabras... En los faldeos reverdecen las viñas de rulo y se endulzan los racimos en cada verano.

Como esas vendimias de la tierra, Jorge González Bastías ha realizado también las suyas; «Misas de Primavera», «El poema de las tierras pobres», «Vera Rústica» y «Del venero nativo».

Pasa la amada envuelta en el púdico manto de las enlutadas del Señor; su verso es, entonces, delicado y picaresco:

«Desciñe un poco el velo que te cubre  
para que más se alegren tus pupilas.  
Yo robaré a la floración de octubre  
un manojito de amapolas y de lilas.

Conversemos. ¿Te alarma la campana?  
 No es hora aún... ¿no ves? Ya iremos juntos  
 Y rezaremos toda la mañana  
 implorando perdón por los difuntos.

La oración que nosotros rezaremos  
 alegrará al Señor y esa alegría  
 esparcirá un olor de crisantemos  
 que no hemos aspirado todavía».

Y así como en «Misas de Primavera» el poeta mezcla la frescura de sus años mozos al encanto de lo objetivo que nace en la naturaleza, y a lo subjetivo que se ahonda en el espíritu.

«El Poema de las Tierras Pobres», publicado en 1924 es el homenaje del hombre a su tierra agreste; un grito doloroso que se prolonga con acentos de oración; ha sentido la desolación de las tierras sin agua, de los hombres que abrigan ambiciones incontroladas, del dolor de los humildes. Pero a pesar de ello, el verso de González Bastías no pierde su claridad y su donosura. Dice en su imprecación:

«¡Ah, tierra mía, tierra triste  
 ensombrecida por la muerte,  
 como eras pobre no pudiste  
 ni castigar ni defenderte!

¡Ah, tierra mía, tierra hermosa!  
 Rara virtud en ti se fragua;  
 en tu sierra más escabrosa  
 brilla, hecha lágrimas, el agua!

Suben hasta la cima entre vahos de nieblas,  
 resonancias lejanas de los montes y el río.  
 La noche transparente de visiones se puebla  
 y se dilata en cantos el espíritu mío».

Noble actitud para con la tierra; defensa de su espíritu y de su belleza legendaria.

En su libro «Vera Rústica» nos encontramos con el poeta sencillo, hondo, cuya palabra es de seda y tiene la gracia de los arbustos de sus cerros. Poesía que se orienta hacia tres motivos que lo cautivan: el río, la montaña, el mar...

Nos cuenta en verso armonioso y sugestivo, cómo discurre su vida en el silencio de sus tierras, por esos caminos que siempre le ofrezcan una belleza nueva:

«Hay un sendero muy amado  
bañado en luz de eternidad.  
El que por él ha penetrado  
se nimba de su claridad».

Después nos habla del viejo «guanay», pescador maulino, que regresa a sus tierras y siente otra vez las mismas bellezas de otro tiempo:

«Me fuí de aquí, señor, hace treinta años,  
y vuelvo sólo por mirar  
estos cerros abruptos, este río  
estos caminos de mi mocedad.

Hay en mis ojos un encantamiento  
y no me canso de mirar.  
No está la casa donde yo vivía.  
Los almendros están.

Las gentes de hoy tal vez no me conozcan  
y pasaré y dirán  
Un viejo, un viejo... ¿quién lo visto nunca?  
y luego... nada más.

Pero cuando florezcan los almendros  
y lleguen vientos ásperos del mar,  
la tierra que labró mi brazo joven  
quién era yo, dirá.

El río en sus corrientes del Invierno  
mi voz recordará.

Iza, vuelta, al trinquete, remo, suelta...  
¿Y pudiera no recordar?

Su «Canto de la era» tiene para nosotros en su música interior, una filosofía profunda:

«A la luna amor;  
al amor, cantar;  
Al arroyo flores...  
Nada más, nada más.

Los esteros corren  
Camino del mar  
Benditas las aguas.  
Nada más, nada más.

A la luna amor;  
al amor, cantar;  
a las flores, besos...  
Nada más, nada más».

En todos estos versos de «Vera Rústica» se adivina el diálogo del poeta con su tierra; sus ojos han descubierto bellezas insólitas y su espíritu vibra junto a las aguas del Maule:

«Murmura, río canta tu canto  
tan viejo y desigual, tu canto triste.  
Eres el mismo y eres diferente.  
Te espera el mar, te recibe y te espera».

El último libro de González Bastías es un nuevo regreso a la tierra, a la evocación y la leyenda; lo llamó «Del Venero Nativo».

Se inicia con un poema que es todo un símbolo: «Alas de Mariposa». Dice:

«Alas de mariposa,  
en qué momento el iris  
se refugió en vosotras?

Violetas, azahares,  
de dónde ese perfume  
y esa miel de los cálices?

Espumas de las aguas...  
Ninguna maravilla  
más alta y transparente.

Espumas de las aguas...  
si no estáis florecidas  
ninguna onda canta!

Estrella de la tarde...  
guía de los pastores...  
Estrella de la tarde!

Viento, viento que llegas...  
llévame, viento amigo,  
más allá de la tierra».

Jorge González Bastías ha llamado «pobres» a sus tierras, es justo, sin duda, es esta calificación ya que tanto «Infiernillo», lugar del poeta, como la región, carece de riego abundante. Los campesinos luchan con tenacidad para arrancar a esas tierras el fruto que ha de mitigar su miseria. Pero Jorge González Bastías

sabe que ellas ocultan tesoros incalculables en sus entrañas y se ha dado a la búsqueda de las minas. Ha recorrido los cerros y ha recogido ejemplares de piedras que son un anuncio de metales preciosos. No ha obtenido éxito pecuniario, pero eso no le importa ya que ha encontrado en cambio, una veta aurífera para llegar al descubrimiento de una poesía nueva, profunda, misteriosa. Los poemas mineros de su último libro hablan de ese nuevo temperamento suyo; son versos de una belleza acaso no soñada ni por él mismo. Ha recogido las leyendas mineras de la región, que traduce en versos tan puros como estos de «Inquietud».

«Si ondas sutiles, misteriosas,  
fluyen de la materia inerte  
y es lo mismo la piedra, el oro  
o el agua misericordiosa;  
y si rige sobre nosotros  
la misma ley, el mismo sino,  
a qué este pensar lacerante  
y el huir de lava y la noche?  
¿Qué valor tiene la esperanza  
y el saberse hombre?»

Hay sombras en los ojos cansados,  
y llevamos diáfanas alas.  
Seremos luego polvo, escoria,  
y estaremos presente siempre.  
En las aristas de las rocas  
y en los metales viviremos...  
Y cualquier día en una onda  
sutil, irá este mismo canto  
embellecido de misterio.

La seda de las yemas vírgenes  
tiene la edad del viento. Sueña  
desde hace siglos dulcemente.  
Sueña y florece dulcemente».

González Bastías llega a decir que «en los metales viviremos» tal es su bella ilusión minera. En otros poemas de este mismo género, como «Vetas», «Regreso», «Vago temor mueve el espíritu», «Para saber y contar...» ahonda más el sentido lírico del poema. En «El canto de los mineros» exclama:

«Tierra maravillosa,  
montaña nuestra, erguida  
sobre metálicas murallas.  
Ahí estás ofreciéndote,  
ahí estás entregándote  
dura y fuerte, propicia al heroísmo  
y a todas las virtudes magnas».

Entre los poemas más logrados «Del Venero Nativo» debemos señalar los titulados: «Helada de noviembre» y «La Batalla». El primero envuelve la delicadeza de una filigrana, el segundo encierra el sentido doloroso de toda una tragedia campesina. La culebra triunfadora ha devorado al sapo, y entonces hubo «una armonía menos en el canto múltiple de la tierra».

Jorge González Bastías desde sus primeros libros ha cantado las bellezas del río Maule que encierra en su historia bellísimas tradiciones. Con cierta nostalgia escribe:

«Guanay, guanay amigo! Tus barbás están blancas,  
tus manos están trémulas; en tus ojos vacila  
una luz de otros tiempos. El río ya no lleva  
La lenta caravana de las velas henchidas!».

Recuerda el poeta aquellos años en los que el río se veía surcado por centenares de barcas; hoy vive su soledad. Escribe:

«Buen viejo, se perdieron las barcas una a una,  
se apagaron los fuegos de la orilla en silencio  
y el cuerno que anunciaba los arribos forzados  
no se oye ya en las faldas ásperas de los cerros!».

La última parte de «Del Venero Nativo» reúne varios poemas bajo el título de «Amistad». En ellos se transparenta la generosidad de Jorge González Bastías que ha querido ahondar en los puros sentimientos de la fraternidad para hacer un elogio de quienes han pasado más cerca de su camino. «A Jerónimo Lagos Lisboa con motivo de «Tiempo Ausente» es uno de los poemas más hermosos con que se cierra el volumen.

Con emoción y profundidad de conceptos le dice el poeta al amigo de toda su vida:

«Jerónimo: es la tarde  
y el crepúsculo viene  
con hondas resonancias  
de avatares lejanos.  
Todo despierta un eco  
generoso en tu espíritu,  
y brota tu canción  
como se abre una rosa.  
El viento vagabundo  
de tu vieja montaña  
lleva el sutil aroma  
del boldo y el espino.  
Son amigos dilectos  
que nutrieron tu sangre  
de esencias y de mieles,  
hay versos cristalinos».

«Del Venero Nativo» es un libro fresco y puro; difícil de encontrar en otro poeta chileno una identificación tan perfecta entre la persona del escritor y su obra como en el caso de González Bastías. Aquí cada verso es un reflejo fiel de la personalidad del poeta que sueña y sufre, que canta y bendice las bellezas de su tierra.

«Del Venero Nativo» quedará entre los libros más bellos de poesía chilena. Guardan sus páginas el canto de las cosas más puras y hermosas, hay en él un aliento generoso que todo lo ennoblece. Estos poemas son como las aguas del río Maule; cantan a la soledad y llevan el cielo entre los brazos ascéticos de la montaña.

(Continuará).